

Roque Raúl Aragón, *Bajo estos mismos cielos*, Buenos Aires, Vórtice, 2014.

Don Roque Raúl Aragón (1926-2007) es uno de esos hombres que lamento no haber tratado. Perteneció a la mejor generación de pensadores católicos, los que no aflojaron la cincha, los que no dejaron de combatir, a pesar que vinieran a degüello y no tuvieran más armas que su fe y la pluma. Escribió en numerosas publicaciones, pero nos ha dejado pocos libros: uno sobre el general San Martín, otro sobre José Hernández –dos figuras que le obsesionaron– y también el que dedicó a la poesía religiosa en la Argentina. Se conservan varios inéditos que algún día verán la luz.

En su juventud se vinculó a FORJA –un grupo de renovación del Partido Radical– pero así como entró salió: no era hombre de partido y su vocación literaria era más fuerte que cualquier promesa electoral. Nunca fue peronista –más bien, se podría decir que fue antiperonista. Sus afectos literarios y políticos los tuvo con los nacionalistas, especialmente con Ernesto Palacios y el P. Castellani a quien reconoce como maestros. Fue un patriota sin anteojeras y también un católico tradicionalista, al punto que llegó a traducir al español un libro del arzobispo Marcel Lefebvre, *Yo acuso al Concilio*; y otro de Marcel de la Bigne de Villeneuve, *Satán en la ciudad*.

El libro que reseñamos recopila las colaboraciones periodísticas para el diario *La Nueva Provincia*, de Bahía Blanca, entre 1977 y 1981, escritos bajo una columna que llevaba el título que ahora se impuso al libro: *Bajo estos mismos cielos*. En total, 74 artículos breves y 3 apéndices, dos de su pluma de carácter autobiográfico y una escueta biografía a cargo de los editores.

Hay que aproximarse a los escritos de Aragón –al menos a éstos– sin prejuicios ni grandes afanes, como no sea el de conocer al autor y gozar de su escritura. El mismo Aragón parece no haber tenido más pretensión que la de recordar hechos y personas históricos siguiendo una antojadiza efeméride. No hay aquí una filosofía de la historia, tampoco un curso de historia argentina; hay, sí, frescos, comentarios, retablos, reflexiones que causan un inmediato deleite literario y que invitan a preguntarse por esa velada filosofía y aquella historia no escrita.

Es claro, sin embargo, que el peculiar modo de ver la historia patria que tenía Aragón se centra en hombres de mayor o menor protagonismo que, de una manera u otra, cautivaron su inteligencia y su corazón. Ahí están repitiéndose las notas sobre el general San Martín, sobre Juan Manuel de Rosas o sobre el poeta y político José Hernández, el autor del *Martín Fierro*. Están también ahí sus juicios sobre los liberales y los unitarios, a los que censura a veces sin ahorrar sentencias: Sarmiento y Mitre, Lavalle y Roca. Siempre fino en los juicios, siempre elegante en los dichos, el dispar valor de las viñetas siempre es sobrepujado por la pulcra pluma de Aragón, que no conoce de remilgos ni barroquismos.

Celebro que Vórtice, el editor, haya decidido iniciar la colección titulada «Homenajes» y que éste haya sido el primero. De los próximos esperamos dar cuenta en estas mismas páginas con similar regocijo. Cerrando ya esta reseña, como copetín que invita a degustar mejores platos, transcribo lo que Roque Raúl Aragón escribiera en la nota *Intermedio mariano*, el 20 de setiembre de 1980, con motivo del aniversario de la encíclica *Fidem Piumque* de León XIII, en la que nos abre su cerril corazón católico (mariano en el caso) y su convicción de que la política pasajera sólo tiene eterno asidero en la fe que mueve montañas:

«El culto de María subsiste y nos salva. Mientras los gobiernos no dejan disparate por cometer –es admirable la continuidad en el error, la fertilidad de errores de los gobiernos argentinos–, el pueblo anónimo, el pueblo sencillo, el pueblo fiel sigue obteniendo gracias para la Patria con su perseverancia en la devoción a María. Y frente a un mundo que se está hundiendo como si fuese tragado por una ciénaga, nosotros, bien que mal, resistimos todavía la atracción de lo bajo mientras nos hallamos asidos a un extremo del Rosario».

Juan Fernando SEGOVIA